

## CAPÍTULO IV. LAS DIACONISAS METODISTAS EN MÉXICO

### LAS PRIMERAS DIACONISAS MEXICANAS

Dado el desarrollo de las misiones metodistas en México era cada vez más evidente la urgencia de contar con obreras<sup>211</sup> especialmente preparadas para desempeñar el trabajo en las diferentes actividades de la Obra<sup>212</sup>. El crecimiento demográfico del país y los cambios debidos a factores económicos imponían nuevos retos. La población de México aumentó entre 1877 y 1910 en 61.5 % al pasar de aproximadamente 9 389 999 habitantes en 1877, a 13 607 259 en 1900 y a cerca de 15 millones de 1910. A partir de 1880, la extensión de la red de ferrocarril ayudó a diseminar el protestantismo. Ubicadas al principio en el corredor Veracruz- México- Guanajuato- Zacatecas, los templos y las congregaciones protestantes se desplazaron hacia las ciudades en expansión del norte, hacia las zonas mineras y hacia las regiones con vocación agrícola para la exportación.<sup>213</sup>

La difusión del metodismo en México por parte de mujeres es temprana. Encontramos casos de propagadoras nacionales pertenecientes a las Sociedades de Señoras, en Puebla, las cuales se encargaban de visitar a las familias de los niños que asistían a las escuelas, así como a las de los simpatizantes, a fin de hablarles sobre los principios metodistas, leerles la Biblia, entregarles folletos e invitarlos a asistir a la escuela dominical. En Pachuca, las jóvenes que asistían a la escuela “Hijas de Allende” realizaron un dinámico trabajo de proselitismo.<sup>214</sup>

---

<sup>211</sup> El término se refiere a que los (as) miembros de la congregación deben trabajar (como obreros de Dios) a favor de extender el Evangelio. “La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” Lucas: 10:2. *Santa Biblia. Revisión 1960. Con Referencias y concordancia... op. cit.*, p.951. Mies=cosecha, siega. Si es mucha la cosecha se requieren muchos para levantarla, así si es mucho el trabajo a favor del Evangelio se requieren muchos para realizarlo.

<sup>212</sup>“Obra” hace referencia al trabajo que se hace a favor de extender el Reino de Dios en la Tierra, de llevar el Evangelio. “Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí” Juan:10:25. Y les dijo (Jesús): “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. Marcos:16:15. *Santa Biblia. Revisión 1960. Con Referencia y Concordancia... op. cit.*, pp.987, 934.

<sup>213</sup> Ramos Escandón, *op. cit.*, p. 145.

<sup>214</sup> Fuentes, *op. cit.*, p.71 y en Informes de la escuela “Hijas de Allende” en la Conferencia Anual de 1888.

La señorita Effa Dunmore fue la primera en establecer clases especiales para señoritas que quisieran ser visitadoras. Llegó a México en 1891 como parte del personal enviado por la Sociedad de Señoras en Estados Unidos. Su primer campo de trabajo fue en Tetela de Ocampo, Puebla. Ahí ya se encontraba la señorita Amelia Van Dorsten; juntas trabajaron atendiendo la escuela diaria que la organización femenina norteamericana mantenía. El trabajo en la sierra norte poblana tuvo un desarrollo considerable al finalizar el siglo XIX.<sup>215</sup>

En el informe de actividades de la escuela de niñas de Tetela durante el año 1891, la señorita Van Dorsten mencionó:

A la vez que deseamos que las niñas obtengan una educación seglar que las haga sabias e inteligentes, no olvidamos el *gran objeto*: que si la sabiduría de la Palabra Divina, es el fundamento de la educación, los cimientos serán entonces sólidos y firmes. Consideraremos nuestra obra incompleta hasta que la juventud no sea atraída al conocimiento de Nuestro Señor y Salvador.<sup>216</sup>

La misionera también informó que en esta escuela existía una organización llamada “Hijas del Rey”. Las integrantes de dicho grupo eran muy activas y diariamente estudiaban la Biblia. Además se había formado [posiblemente a fines de 1891] una clase bíblica para niñas la cual, en siete semanas ya contaba con treinta y cinco miembros.<sup>217</sup>

La preparación espiritual de las alumnas era muy importante para las misioneras. Sabían que quienes se convertían al metodismo debían tener bases firmes, que crecieran espiritualmente y supieran defender sus principios ante una sociedad mayoritariamente católica.

En el informe de las actividades realizadas en 1892, las señoritas Dunmore y van Dorsten reportaron que la escuela casi había duplicado su número, mencionaron también el nombre de nuevas colaboradoras nacionales y refrendan su confianza en Dios. En la Biblia encontraban fortaleza para continuar con sus trabajos. Las Sagradas Escrituras decían: “No temas, que yo soy contigo: no desmayes, que yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”. Con base en estas palabras ellas decían “Entramos confiadamente a cumplir los deberes de otro año”.<sup>218</sup>

La Misión consideró dejar la escuela de Tetela en manos de maestras

<sup>215</sup> Rubén Ruiz Guerra, *Hombres nuevos... op. cit.*, p. 60.

<sup>216</sup> *Actas de la Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal de 1892*, p. 30.

<sup>217</sup> *Ibid.*, p.30. Los corchetes son míos.

<sup>218</sup> *Actas de la Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal, 1893*, p. 38.

nacionales (que ya trabajaban en la zona, como por ejemplo la señorita Bárbara del Valle cuyo trabajo era apreciado por la comunidad de La Cañada) y las primeras misioneras fueron enviadas a la ciudad de México a encargarse por un año de la Escuela “Hijas de Juárez” mientras las titulares de esta institución se encontraban en los Estados Unidos. Dunmore fue a su país; posteriormente regresó para trabajar en Puebla y luego en Guanajuato.

En la Conferencia de 1895, la Srta. Amelia Van Dorsten fue nombrada directora de la escuela de niñas de Guanajuato, pero al año siguiente la señorita Dunmore la reemplazó, permaneciendo como directora hasta 1904.

El circuito de Celaya y Salamanca era sumamente difícil para cualquier misionero debido al fanatismo católico. Una multitud de papistas intolerantes atacaron de manera violenta la casa de la misión metodista en Celaya el 15 de septiembre de 1903. Pese a esto, para ese año en la región existían 6 pequeñas congregaciones con 106 miembros en total.<sup>219</sup>

En Guanajuato se luchaba por tener éxito con escuelas que a veces contaban sólo con un maestro, por lo que se pedían más fondos para la misión. La Sociedad de Señoras construyó un “magnifico edificio” destinado a ser una escuela y hogar “moderno, construido lo más substancial posible”. Esta escuela empezó a funcionar en otoño de 1903 con el nombre de “Mary Ann Cox”.

La Sociedad de Señoras pensaba que las escuelas constituían “las columnas más fuertes de nuestra propaganda cristiana... no solo porque de ellas sacamos un buen contingente de miembros para nuestras congregaciones cada año, sino también porque debido a la saludable influencia que ellas ejercen hemos conseguido vencer a muchos de los corazones rebeldes al conocimiento de la Palabra de Dios y convertir en amigos a los que eran terribles enemigos de los protestantes”.<sup>220</sup>

La Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal reportó que en 1904 había 9 misioneras de la WFMS<sup>221</sup> (conocida en nuestro país como Sociedad de Señoras) trabajando en México y reconoce que la labor de estas mujeres había atraído a muchas personas. También se menciona que la imprenta que la Iglesia tenía en la ciudad de México era el centro de publicación en español de la misión. Los

<sup>219</sup> *Actas de la Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal, 1903*, p. 30.

<sup>220</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>221</sup> Siglas en inglés de *Woman's Foreign Missionary Society*.

textos ahí publicados (libros, himnarios, periódicos, etc.) habían llegado incluso hasta España.<sup>222</sup>

Además de las misioneras extranjeras, también regresaban (algunas con títulos de doctoras) las mexicanas que habían sido enviadas a prepararse a los Estados Unidos.<sup>223</sup> Había quienes se prepararon en la *Chicago Deaconess Training School*, por ejemplo la señorita Paula Sotres, quien regresó a México para trabajar en la Escuela Industrial de Santa Julia (institución metodista dedicada a la preparación de las mujeres para el trabajo productivo).<sup>224</sup>

Debemos mencionar que el dinamismo de las misioneras, y su entrega a trabajos difíciles como las labores del campo (además de las labores propias de su misión) no era algo extraño, varias de ellas tenían huertas, cosechaban, construían pozos y estaban al tanto de la producción del campo desde la siembra hasta la venta, de donde obtenían fondos para la misión. Estas labores no las asustaban, sabían de ello porque muchas provenían de hogares campesinos de los Estados Unidos de ahí que podían identificarse con la gente a la que ayudaban. Podemos mencionar el caso de Vernice Gelvin quien procedía de Meadville, Pennsylvania, graduada del Alleghany College, con preparación en Economía Doméstica en Drexel Institute de Filadelfia quien daba instrucción especial en horticultura y avicultura en la Escuela Industrial de Santa Julia. Esta misionera recibió su título como diaconisa en la ciudad de Boston.<sup>225</sup>

Cuando nos referimos a la expansión del metodismo en los Estados Unidos en el siglo XIX vimos como el hecho de que los misioneros fueran gente del pueblo que había dejado sus tareas tradicionales por dedicarse a la misión, fue una ventaja porque los misioneros se podían identificar con la gente a la que le hablaban, eran como ellos, con ganas de mejorar su situación, de progresar espiritualmente, pero también materialmente.<sup>226</sup> Es interesante ver como las primeras misioneras que llegaron a México demostraban su amor al trabajo, daban gracias por los frutos

---

<sup>222</sup> *Eighty-Sixth Annual report of the Missionary Society of the Methodist Episcopal Church for the year 1904*, New York, Missionary Society of the Methodist Episcopal Church, 1905, pp. 343,349.

<sup>223</sup> *Actas de la Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal, 1903*, p.23.

<sup>224</sup> Tomas, *op. cit.*, p.23.

<sup>225</sup> Castillo, *op. cit.*, p.76.

<sup>226</sup> Todavía en los sermones actuales de la Iglesia Metodista se inculca a los feligreses la búsqueda por lograr un crecimiento espiritual y además, también crecer en todos los demás aspectos de la vida humana por ejemplo en lo académico, lo social, lo económico, etc.

obtenidos del mismo y los utilizaban para seguir desarrollando su misión, <sup>227</sup>por ejemplo construyeron molinos de viento e incluso un horno de ladrillos para aprovechar la tierra que habían sacado al realizar algunas obras y con ello fabricaron los ladrillos para construir aulas y dormitorios.<sup>228</sup>

La señorita Dunmore pasó varios años desarrollando la obra escolar en todos los sentidos; no sólo buscaba ampliar la plantilla de alumnos sino también contar con instalaciones más adecuadas, por lo que buscó fondos para ampliar y mejorar la escuela. Además, ante la necesidad que la Iglesia tenía de diaconisas organizó el departamento de preparación de estas obreras.

La idea de preparar mujeres especialmente para servir en la Obra aparece por primera vez en 1902, en el informe que Dunmore presentó ante la Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal (de la misión en México), sin embargo por problemas de salud no pudo realizar su propósito sino hasta 1904, aunque después tuvo que interrumpir sus planes por problemas de salud; una enfermedad delicada obligó a la misionera a retirarse temporalmente del país. La señorita Payne se encargó de la escuela durante el resto del año y por todo el año de 1905.

Dunmore, ya de regreso en 1906, se dedicó a la obra evangélica, cuando el colegio de Guanajuato contó con otra misionera para llevar adelante la obra escolar.

En el informe de 1906 reportó que se había organizado mejor el “Curso de Estudios Bíblicos” dedicado especialmente para las mujeres que se encargarían de la instrucción religiosa del pueblo:

Contamos para este curso con la ayuda del pastor de la Iglesia y su ayudante. Creemos que merece la aprobación general. Las alumnas tienen además el privilegio de cursar algunas de sus clases en el hospital, lo que capacitará a nuestras lectoras de la Biblia para atender tanto las necesidades corporales como las espirituales. Este es un adelanto de no escasa importancia. Creemos que este departamento del trabajo en Guanajuato debe recibir la más decidida simpatía y ayuda de todos los obreros y maestros, y por lo tanto la solicitamos.<sup>229</sup>

Las primeras invitadas al curso especial que inauguró la señorita

---

<sup>227</sup> No sólo existen informes de estos aspectos sino que afortunadamente también podemos ver fotografías donde encontramos a algunas misioneras mostrándonos orgullosos los campos que habían cultivado, los pozos que habían construido para tener agua suficiente, o sonriendo con su indumentaria para los trabajos pesados del campo. Thomas, *op. cit.*, recopiló estos invaluable testimonios en diferentes páginas, por ejemplo en las páginas 16-18, 25, 31.

<sup>228</sup> *Ibid.*, pp.16-17.

<sup>229</sup> *Actas de la XXII Conferencia Anual de la Misión en México de la Iglesia Metodista Episcopal, 1906*, p.95.

Dunmore fueron adultas dispuestas a trabajar voluntariamente en la obra de la Iglesia; posteriormente se convocó a señoritas con mayor preparación intelectual, egresadas del Colegio Juárez.<sup>230</sup> A las primeras participantes de este Curso de Estudios Bíblicos se les llamó grupo de propagadoras y visitadoras. Se inició el trabajo dándoles la oportunidad a mujeres de aprender primeros auxilios en el “Hospital Buen Samaritano”, se les dio clase de educación religiosa y estudios bíblicos<sup>231</sup> a cargo del pastor de la localidad.

A fines de 1906 se graduó la señorita Victoria García, primera alumna del departamento especial para la preparación de visitadoras.<sup>232</sup> En ese año, la matrícula de la escuela se incrementó, también en el internado; el sostenimiento propio aumentó por lo que se pudieron invertir “varios centenares de pesos” en la compra de material escolar para todos los departamentos. Al curso recién inaugurado por la señorita Dunmore acudieron estudiantes de diferentes estados de la República. Las candidatas a Diaconisa tomaron clases de Biblia, evangelismo, educación cristiana, música, etc.<sup>233</sup> En ese año la Iglesia Metodista Episcopal contaba con 49 templos, 2752 miembros en plena comunión,<sup>234</sup> 3175 probandos<sup>235</sup> y 3426 alumnos en sus diferentes escuelas.<sup>236</sup>

El número de metodistas mexicanos creció pues para 1909 se reportaron 3018 miembros en plena comunión y 3265 probandos.<sup>237</sup> Mientras las misiones incrementaban su feligresía, la difícil situación de México empeoró cada vez más hasta que en 1910 estalló la revolución. En 1913 los huertistas habían recuperado Coahuila y con ello Carranza se vio obligado a irse a Sonora, experiencia que le permitió relacionarse con revolucionarios de otros perfiles sociales. A principios de 1914 los rebeldes dominaban ya el norte del país y desde mediados y finales de 1913 habían cundido movimientos antihuertistas de considerable intensidad

<sup>230</sup> La señorita Dunmore había dirigido este Colegio guanajuatense por lo que conocía perfectamente a sus invitadas al nuevo curso. *Antorcha misionera*, Año XXXI, No. 1, México, Enero 1952, p. 7.

<sup>231</sup> Sociedad de estudios Históricos del Metodismo en México, *Libro Conmemorativo. Iglesia Metodista de México. 75 años de vida autónoma 1930-2005*, México, Casa Unida de Publicaciones, 2005, 294p., fotos, Il., p. 146.

<sup>232</sup> *Cincuentenario...op. cit.*, pp.186, 187.

<sup>233</sup> *Antorcha misionera*, Año LVI, No. 7, México, Julio 1978, p. 18.

<sup>234</sup> Los miembros en plena comunión son aquellos inscritos de manera formal en la iglesia metodista, tienen derecho a voz y voto en esta organización religiosa.

<sup>235</sup> Simpatizantes de la iglesia metodista que acuden a cursos donde se les informa de las bases teológicas de la iglesia, su historia, organización, etc. Después de acreditar estos estudios son recibidos en una ceremonia como miembros en plena comunión, adquiriendo todos los derechos que ello otorga.

<sup>236</sup> *Actas de la XXVI Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal, 1910*, Anexo. (Obviamente estos datos no nos hablan de los metodistas inscritos en la Iglesia Metodista Episcopal del Sur).

<sup>237</sup> *Actas de la XXVIII Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal, 1918*, Anexo.

en San Luís Potosí, Zacatecas, Sinaloa, Jalisco, Michoacán y Veracruz.<sup>238</sup>

Ante los acontecimientos, en agosto de 1913, el gobierno de Washington aconsejó a todos los estadounidenses que residían en México que abandonaran el país; pese a la sugerencia los misioneros no vieron la necesidad de renunciar a su trabajo.

Cuando los infantes de la marina de los Estados Unidos desembarcaron en la costa veracruzana en abril de 1914, las autoridades de la misión de la Iglesia Metodista Episcopal, cuya sede estaba en Nueva York, ordenaron que los misioneros estadounidenses que laboraban en nuestro país se trasladaran al puerto jarocho o que regresaran a su nación. Ante esta situación, la última partida de misioneros salió de la ciudad de México el 28 de abril. Como las vías de comunicación entre la capital mexicana y el puerto antes mencionado estaban cerradas, los misioneros viajaron hasta Puerto México y de ahí continuaron en barco hasta Veracruz, lugar al que llegaron el 1° de mayo. Ahí se encontraron con un suceso inesperado: las autoridades estadounidenses no les permitieron desembarcar por lo que siguieron su travesía hasta Nueva Orleáns.

Para los misioneros fue doloroso salir de México ya que pensaban que su labor no estaba del todo consolidada. Una vez en los Estados Unidos, los evangelizadores de las diferentes denominaciones protestantes trabajaron en un acuerdo que fue conocido posteriormente como Plan de Cincinnati.<sup>239</sup>

La señorita Dunmore, al igual que la mayoría de sus compañeros, fue obligada a dejar el país. Sin embargo, hubo quienes a pesar de la orden de Washington permanecieron en México. Ese fue el caso de la señorita Laura Temple quien convirtió el “Sara L. Keen” en hospital para atender a las víctimas de la lucha y a las alumnas del colegio se les instruyó para prestar servicio como enfermeras. Para que la instalación no fuera atacada por los diferentes grupos contendientes, el colegio fue cobijado bajo la bandera británica. “La señorita Temple después de una seria reflexión y confiando en Dios, decidió entablar relaciones con la Cruz Roja y quedarse en México para que mientras servía a la humanidad, pudiera a la vez proteger los intereses de su sociedad misionera”.<sup>240</sup>

<sup>238</sup> Pablo Escalante Gonzalbo, Bernardo García Martínez, *et. al.*, *Nueva Historia Mínima de México*, México, El Colegio de México, 2006, 315p., p.240.

<sup>239</sup> Ruiz, *Hombres nuevos...op. cit.*, pp. 63-65.

<sup>240</sup> Thomas, *op. cit.*, p. 31. La vida cotidiana de las alumnas y de las mexicanas que se quedaron al frente de las diversas instituciones educativas metodistas está llena de anécdotas muy interesantes que

El inicio del derrumbe del huertismo puede ubicarse hacia abril de 1914, cuando comenzó el asalto al centro por los ejércitos norteros y los *marines* norteamericanos invadieron Veracruz para impedir que Huerta recibiera un embarque de armas procedente de Europa.<sup>241</sup>

Los misioneros regresaron a México lo más pronto que pudieron (en febrero de 1915) y se reintegraron inmediatamente a sus actividades.<sup>242</sup> Por ejemplo, la señorita Dora Gladden, antes profesora del colegio “Sara L. Keen” se encargó de la escuela de niñas “Colegio Juárez” de Guanajuato y la señorita Dunmore se dedicó enteramente a la escuela de Diaconisas.

El estado de la guerra en diversas entidades del país iba en aumento. En 1915 cerca de donde se encontraba la señorita Dunmore y sus alumnas se libraron algunas de las batallas más sangrientas de la revolución: los enfrentamientos entre Villa y Obregón.

El primer combate entre los dos caudillos antes mencionados se dio entre el 6 y 7 de abril, en las cercanías de Celaya; el saldo fue la derrota villista; el 13 y 14 de abril Obregón repitió el triunfo. Para lograrlo, el sonoreense estudió las tácticas utilizadas en Europa durante la Gran Guerra, usó de trincheras y estacas con las que disminuyó la caballería de su enemigo. Por su parte, Villa publicó su “Plan Agrario” el 24 de mayo de 1915 en León, Guanajuato.<sup>243</sup>

Mientras la revolución avanzaba, en medio del dramático escenario guanajuatense, la señorita Dunmore graduó a un grupo de diaconisas en octubre de 1915.<sup>244</sup>

Dentro de la agitación causada por la guerra, la gente trataba de sobrevivir pero todo se complicaba cada vez más. La directora de la Escuela de Diaconisas fue testigo de las consecuencias de la lucha armada. Las haciendas de beneficio y las minas cerraron a fines de 1916 lo cual aumentó la miseria del pueblo. En noviembre de ese año la crítica situación se acentuó. Dunmore recordaba: “esta crisis nos proporcionó una de las más tristes experiencias de nuestra vida. Ver sufrir a la gente terriblemente debido a la escasez de alimentos y por falta de dinero servible

---

aguardan un estudio particular.

<sup>241</sup> Escalante, *op. cit.*, p. 241.

<sup>242</sup> Thomas, *op. cit.*, p. 39.

<sup>243</sup> Escalante, *op. cit.*, p.241.

<sup>244</sup> *Antorcha misionera*, Año XXXI, No. 1, México, Enero, 1952, No. 1, p.14.

para comprar, era para partir el corazón en verdad”.<sup>245</sup>

Además del hambre, las enfermedades hicieron estragos en los sobrevivientes. Las diaconisas atendieron enfermos de tifo. Aunque la señorita Dunmore había leído sobre este padecimiento, nunca en sus años como misionera presenció algún caso hasta 1916-1917 cuando se enfrentó al problema.

Otra actividad realizada por aquellas primeras diaconisas mexicanas bajo la tutoría de Dunmore fue la confección de ropa para los niños desvalidos. La misionera no dudó en escribir a sus conocidos en Estados Unidos para solicitarles que enviaran ayuda a los mexicanos. Muchos guanajuatenses ante la situación perdían la esperanza y en lo último que pensaban era en los festejos de fin de año; sin embargo las oraciones y la actividad de la misionera tuvieron respuesta: previamente a la entrada de 1917 llegaron desde el vecino país del norte, juguetes, ropa y dinero.

Dunmore pensó – antes de que arribara el auxilio- repartir entre los más pobres; afortunadamente el envío sobrepasó las expectativas y hubo para repartir a todos los miembros de la comunidad. El culto de Navidad fue muy emotivo, además varias personas con la ayuda económica que se les impartió pudieron emprender algún negocio y sostenerse; otros pudieron seguir sus estudios.<sup>246</sup> Esto fue un rayo de luz en medio de la oscuridad, pues el país estaba devastado.

En 1916 la misión en México de la Iglesia Metodista Episcopal reportó a 3991 miembros en plena comunión, a 3504 probandos y la existencia de 57 templos. Se habían perdido dos templos con respecto al año anterior. Además el número de elementos fluctuaba por las migraciones originadas por la propia guerra. Algunos adherentes emigraban con todo y sus familias, otros se integraban a diferentes ejércitos revolucionarios.<sup>247</sup>

El inicio de 1917 fue muy penoso debido a las difíciles condiciones financieras. En esos momentos se pensó que el lugar más apropiado para la escuela de diaconisas era la ciudad de México. Así, en junio la señorita Dunmore en compañía de sus ayudantes,<sup>248</sup> las señoritas Juana Sánchez y Elisa Ortega, partió con rumbo a la capital federal. Después de que la misionera llevó la Escuela Bíblica a la Ciudad de México, la Iglesia de Guanajuato sintió la pérdida y comisionó a la señorita Clara

<sup>245</sup> *Actas de la XXXII Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal, 1917*, p.103.

<sup>246</sup> *Actas de la XXXIII...op. cit.*, p. 104.

<sup>247</sup> *Actas de la XXXII...op. cit.*,p. 105.

<sup>248</sup> Eran sus ex alumnas, graduadas en 1915.

Alarcón, diaconisa recibida en la escuela de Chicago Ill., para que organizara otra Escuela, semejante a la primera. Ella y sus educandas hicieron sentir su influencia en la Iglesia y en la clientela del dispensario del Dr. Salmans, pues mientras dedicaban las mañanas a los estudios, entregaban sus tardes a visitar a los congregantes de casas en casa.<sup>249</sup>

El cambio de sede no desanimó a la diligente Dunmore pues estaba convencida que la formación de diaconisas debía continuar. Para ella la necesidad de este ministerio era innegable y los frutos que daría serían maravillosos: “Creemos que la mujer de México necesita un conocimiento mejor de la Palabra de Dios. Estamos enteramente convencidos que un Instituto Bíblico se necesita en México; creemos que la Divina aprobación es sobre este trabajo y que el éxito traerá grandes bendiciones a muchos mexicanos”.<sup>250</sup>

La escuela para diaconisas establecida en la ciudad de México fue conocida a partir de entonces como “Escuela Bíblica”. Las recién llegadas con contaban aun con una propiedad, pero tuvieron el apoyo de otros misioneros: la señorita Temple les proporcionó alojamiento y espacio para tomar algunas clases en el “Sara L. Keen”; por otra parte, los alimentos y algunas clases fueron otorgados en la iglesia ubicada en la calle de Gante No. 5.

Las diaconisas iniciaron sus actividades inmediatamente en su nuevo campo de trabajo. La señorita Sánchez dedicó parte de su tiempo a evangelizar de casa en casa bajo la dirección de la señorita Ayres.<sup>251</sup> Por su parte la señorita Ortega y su maestra Dunmore visitaban poblaciones más alejadas y traducían lecciones para la escuela dominical.

Las señoritas que quisieran ingresar a la Escuela Bíblica debían manifestar “un espíritu cristiano verdadero, un deseo sincero de ganar almas para Cristo; aptitud para el trabajo de elevar a la humanidad, conformidad para negarse a sí misma; haber terminado la educación primaria superior; ser de 18 ó más años de

<sup>249</sup> *Cincuentenario...op. cit.*, p. 213.

<sup>250</sup> *Actas de la XXXIII...op. cit.*, p. 104.

<sup>251</sup> Harriet L. Ayers, misionera nacida en Hillsboro, Ohio, el 18 de marzo de 1864. Llegó a México el 13 de diciembre de 1886; se dedicó a la enseñanza por 20 años. Organizó la primera Iglesia Infantil en el país así como el cuerpo de Obreros del Trabajo Personal los cuales ayudaron en la obra evangelística. También fomentó el departamento de probandos y fue muy activa en la Iglesia de Gante. Inició la Obra en la colonia Santa Julia al celebrar el primer culto en esa zona. La congregación que ahí nació continúa hasta la fecha. Temporalmente fue directora de las diaconisas (entre el periodo de Dunmore y Murray). Murió el 4 de Agosto de 1938 en los Estados Unidos. *El evangelista mexicano*, Año XXV, No. 10, México, Octubre de 1938 pp. 5-8.

edad”.<sup>252</sup> El plan de estudios estaba dividido en dos años. Las materias del primer año fueron:

- Los libros históricos del Antiguo Testamento.
- La Vida de Cristo según los Evangelios.
- La Vida de Cristo según Stalker.
- Historia de la Iglesia.
- Como conducir a los hombres a Cristo.
- Geografía histórica de la Tierra Santa.
- Inglés, música, enfermería, economía doméstica, métodos de enseñanza bíblica y sociología.

Con respecto a las materias de segundo año, se impartieron:

- Libros poéticos.
- Las profecías del Antiguo Testamento.
- Los Actos de los Apóstoles y las Epístolas.
- La vida de Pablo, por Stalker.
- Evidencias del Cristianismo.
- El período de Restauración desde Nehemías a Cristo.
- Inglés, música, métodos, sociología, trabajo práctico.<sup>253</sup>

El curso era muy completo pues además de los aspectos teórico-teológicos no se descuidaba la formación de las estudiantes en otros campos del conocimiento como por ejemplo la economía doméstica la música y el inglés. También se tenía en cuenta el trabajo práctico.

En la ceremonia de graduación de la Escuela Bíblica se les habló a las nuevas diaconisas sobre “darse completamente a los demás, con sinceridad y para siempre”. La actitud de entrega hacia los semejantes nos habla del verdadero cristianismo, por lo tanto era de esperarse un sermón<sup>254</sup> al respecto. El énfasis en servir al prójimo fue una constante que acompañó a las diaconisas durante todas las generaciones de su ministerio. Su lema fue “no para ser servidas sino para servir”.

En la capital del país la señorita Dunmore buscó alumnas para la escuela; quería mujeres preparadas. Así fue al hogar de las hermanas Medina Estrada.

<sup>252</sup> *Actas de la XXXIII...op. cit.*, p.92.

<sup>253</sup> *Ibid.*, p.94.

<sup>254</sup> Impartido por el hermano López. *Actas de la XXXIII...op. cit.*, p. 103.

Las tres jóvenes que ahí vivían cursaban estudios en la Escuela Superior de Comercio y Administración. Ante la invitación de la misionera para ingresar al curso para diaconisas, las señoritas Medina aceptaron llenas de entusiasmo. Poco después se unió a ellas Cristina Amador Morales, hija del pastor presbiteriano Carlos Amador.

Las tres hermanas fueron internas mientras que la señorita Amador externa; en esos momentos las diaconisas continuaban alojándose en el “Sara L. Keen” donde convivían con las alumnas normalistas. Dunmore se preocupó porque las futuras diaconisas también contaran con una maestra de piano y que además tuvieran una persona que les preparara los alimentos.

La delicada salud de la directora de la Escuela Bíblica no mejoró en la ciudad de México; se sometió a una operación pero tiempo después, muy a su pesar, regresó a Estados Unidos en busca de salud. Sus jóvenes alumnas nunca más volvieron a verla. La señorita Dunmore murió en su tierra natal en 1919. Antes de que la incansable misionera dejara nuestro país se graduaron 5 alumnas en la capital. “Lo que más impresionaba del carácter de la señorita Dunmore era su amor al trabajo y su consagración a él. Su gran anhelo era el de proporcionar obreras bien preparadas para que sirvieran a la Misión”; “una vida ejemplar, siendo una obrera cuya consagración fue completa y cuyo amor por el trabajo no tuvo límites”.<sup>255</sup>

Con la partida de la perseverante misionera existió el peligro de que la naciente escuela para diaconisas de la ciudad de México desapareciera, sin embargo el gran anhelo de la señorita Effa es decir, que la Iglesia Metodista en México contara con una institución en la que las jóvenes pudieran prepararse debidamente para el servicio cristiano continuó pese a las adversidades. Esto se debió fundamentalmente a la previsión de Dunmore pues, antes de irse, arregló que las estudiantes para diaconisas fueran a vivir a la iglesia de la calle de Gante # 5, bajo el cuidado de la misionera Harriet Ayres.

La señorita Ayres hizo que las estudiantes aprendieran practicando actividades propias de una diaconisa. Todo el día se mantenían ocupadas; daban clases a los niños de la escuela dominical, ayudaban a las secretarias de la iglesia, visitaban simpatizantes, atendían círculos de oración en diferentes barrios de la ciudad, cooperaban con las ligas de jóvenes y en todo aquello que la iglesia necesitara. Fueron meses de mucha actividad para las futuras profesionistas.

---

<sup>255</sup> *Cincuentenario... op.cit.*, pp. 157, 211.

Al comenzar el nuevo ciclo escolar, las diaconisas en ciernes compartieron con las alumnas del “Sara L. Keen” no sólo las instalaciones, sino también a la directora. En este período las aspirantes a diaconisa integraron a sus estudios la práctica de deportes, pero esto no fue lo más relevante: las estudiantes tomarían algunas clases en el Seminario, junto con los varones. Esta noticia alegró a las jóvenes, pues como muchachas de su edad, también querían convivir con muchachos. Independientemente de proporcionarles mayores oportunidades para el desarrollo de una vida social, las jóvenes, al compartir clases con los hombres aprendían que eran tan capaces a nivel intelectual como sus compañeros. Esto las preparó para dejar las inhibiciones a la hora de estar en el púlpito o al enfrentarse a un mundo machista. Debían tener las armas para desarrollarse y ser líderes en las comunidades, pues uno de los objetivos de su labor era abrir campos misioneros tal y como sus maestras estadounidenses habían hecho. Otra exigencia de su oficio fue presentar informes ante las autoridades eclesiásticas en las Conferencias. Esto explica porque las directoras de la Escuela para diaconisas se preocuparon para que las egresadas de este centro educativo tuvieran la mejor preparación posible.

Aunque gran parte del tiempo de las jóvenes aspirantes al ministerio de diaconisa era dedicado a los estudios y a la práctica, las señoritas encontraban momentos para jugar, bromear entre ellas, hablar de sus aspiraciones a nivel personal, etc. Esto fortaleció los lazos de hermandad entre ellas.

La diaconisa Concepción Pérez era la segunda en autoridad en el colegio; no sólo compartió con las estudiantes lo académico sino que también disfrutó momentos de la vida cotidiana que sus ex alumnas recordaron como divertidas anécdotas.

Casi al terminar el año escolar en 1919 las futuras diaconisas conocieron a la nueva directora de la Escuela Bíblica: la señorita Hellen Grace Murray, una misionera “joven, alegre y muy atractiva”. Ella aplicó los exámenes finales de la generación que inició sus estudios bajo la tutela de la señorita Dunmore.<sup>256</sup>

---

<sup>256</sup> *Antorcha misionera*, Año LVII, México, Noviembre 1979, pp. 23-25.